

# Una lectura caribeña del *Atlas de la historia cartográfica de Venezuela*<sup>1</sup>

Lulú Giménez Saldivia<sup>2</sup>

---

## RESUMEN

Este trabajo se propone una lectura caribeña del *Atlas de la historia cartográfica de Venezuela* de Hermann González Oropeza, en un carácter de relato de la cartografía del país y como intento de reapropiación de una historia perdida durante el siglo XIX.

## PALABRAS CLAVES

Caribe. Atlas. Cartografía. Hermann González Oropeza. Venezuela.

## 1. UN MUNDO REPRESENTADO

En la génesis de las formas de América se encuentra un vasto sistema de representaciones, en el cual la cartografía ocupa un lugar predominante.

El auge de la cartografía coincide con el de los grandes viajes, promovidos en parte por las urgencias económicas de Europa y en parte por la certeza

- 
- 1 El libro que recibe este título es una espléndida obra, editada en Caracas, en el año de 1983, por Editorial Papi, con el patrocinio del Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyo autor, Hermann González Oropeza, además del valor artístico añadido, nos ha legado a través de ella al menos tres valores: 1. Un valor historiográfico de relevancia, en las páginas del estudio introductorio elaborado, por las cuales se legitima el quehacer cartográfico como un modo de percepción de la realidad, que se corresponde con necesidades e intereses históricos precisos y cuya secuencia constituye un discurso que narra la vida histórica de los diferentes territorios. 2. Un valor documental, pues la selección y presentación de las láminas en formatos de lectura accesible nos permite adentrarnos en documentos de carácter primario y realizar sobre ellos la composición y el análisis de los datos. 3. Un valor metodológico, que se origina en la concepción del mapa como documento, sugiriendo múltiples líneas de investigación histórica.
  - 2 Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Casa de Rómulo Gallegos. Av. Luis Roche, Altamira. Caracas, 1062 /Venezuela. Fax: 285.46.80. E-mail: celarg4@mailserver.reacciu.ve

de que el mundo proseguía más allá del mar de los romanos, esperando ser conocido. Precisamente, la *Geografía* de Ptolomeo, editada una y otra vez en Italia durante el siglo XV, mostraba cómo era posible diseñar al mundo, trazando sobre la madera o el cobre, tantas líneas imaginarias como las que podía concebir el entendimiento<sup>3</sup>.

A diferencia de otras culturas, la civilización europea fue encontrando su predominio en la seguridad de que conocer significaba poseer, o de que ambos actos de la voluntad humana se entrelazaban de modo indisoluble. El discurso cartográfico de la época de los descubrimientos, y su posterior desarrollo<sup>4</sup>, relatan la toma de posesión del mundo por parte de Europa o, dicho en otros términos, la "europeización del planeta".

Por tanto, más que una representación de lo conocido, los mapas europeos de América constituyen una representación de lo propio, de las vastedades marítimas y continentales que Europa, desde finales del siglo XV, se irá anexando para su gloria y provecho.

En su carácter de representación, los mapas incorporan un acto de factura simbólica, una abstracción, que trata de contener la esfericidad de la Tierra en una superficie plana y sus descomunales dimensiones en objetos abarcables y manipulables.

Por todo ello, no era posible que las grandes civilizaciones americanas se hubieran dedicado a la confección de mapas: mientras los imperios europeos centraban su poderío en la anexión territorial y en la homogeneización de sus dominios, las sociedades indígenas americanas no consideraban el territorio dentro de sus esquemas de dominación, de modo que carecía de importancia reconocer en trazos las parcelas geográficas de ejercicio del poder. Tómese en cuenta, además, la relación que las diferentes culturas indígenas aún hoy establecen con lo telúrico: la naturaleza tiene un espíritu propio, una personalidad que interpela directamente y no puede ser captada como abstracción que se sobrepone a la realidad inmediata.

En este cierto sentido, puede decirse que los europeos "descubrieron" América, pues fueron quienes diseñaron y representaron la totalidad continental y sus mares adyacentes, confiriéndole una "ilusión" de unidad a la geografía americana.

---

3 El impacto de la *Geografía* de Ptolomeo en Italia se relaciona con el vigoroso papel de los navegantes italianos en la búsqueda de nuevos caminos para Europa. Al respecto, ver el Estudio Introductorio del *Atlas...*, pp.14-15.

4 La importancia de las diferentes escuelas cartográficas en la promoción de las empresas americanas y su desarrollo hasta fines del siglo XVIII, son temas sustanciosos del citado Estudio Introductorio.

A los trazos, bordes, colores, sombras y figuras que componen los mapas, se les imprime el sello distintivo de las denominaciones. Así como, en la perspectiva europea, conocer es poseer, denominar es dominar. Puede observarse cómo, en una secuencia de mapas, el predominio de unas denominaciones sobre otras teje un relato acerca de las luchas de los diferentes imperios europeos por obtener la hegemonía sobre los nuevos territorios.

Aferrado a ese estilo que para todo acto humano genera significantes y

no obstante su seguridad de haber llegado al Asia, y su interpretación del "ser asiático" en todo cuanto veía -deduciendo de cada detalle el esplendor de las milenarias civilizaciones reportadas por Marco Polo- Colón empezó por dar nombre castellano a los lugares y las cosas, y por castellanizar los nombres aborígenes. Aquí (...) nombrar equivale a tomar posesión, recurriendo para ello a los signos de la lengua, del Estado y de la religión; es decir, a los significantes político-culturales de primer orden. Equivale igualmente a predisponer la incorporación de lo aparentemente nuevo (e innominado) en el sistema simbólico y valorativo de quien posee la potestad nominadora<sup>5</sup>.

Tan vital fue el papel jugado por la cartografía en la conquista y colonización de América, en el otorgamiento de legitimidad a la reclamación de los derechos europeos sobre los nuevos territorios, que incluso el nombre de América para la masa continental que se iba dibujando es presentado por vez primera en el mapa elaborado, en 1507, por el cartógrafo alemán Martin Walseemüller: *Universalis cosmographia secundum Ptolomaei traditionem et Americi Vespucii aliorumque lustrationes*<sup>6</sup>. Aunque después se desdice de la osadía, la "concepción vespuciana" de la geografía de América toma cuerpo, auspiciada por la publicación, en el mismo año de 1507, de la *Cosmographiae Introductio*, de Ringmann.

Mientras el Nuevo Mundo siguiera siendo nuevo —lo cual parecía suponerse hasta bien entrado el siglo XIX— era susceptible de ser *mapeado* y rebautizado tantas veces como lo requiriera el orgullo de las potencias en pugna. Así, pueden encontrarse mapas en los cuales, a falta de una definición unívoca, presentan con varios nombres los mismos territorios. Antes que suponer confusión en tales procedimientos, la factura de esos mapas indica el estado real de las negociaciones de poder que se cernían sobre el

---

5 GIMÉNEZ, Lulú. *Caribe y América Latina*. Caracas. Monte Avila, 1991. Pp. 28-29. El primer capítulo de este libro está dedicado al estudio de las denominaciones "América Latina y el Caribe", a través de cuya historia puede recomponerse la historia de los conflictos que los diversos poderes europeos protagonizaron en el continente americano, así como la preponderancia de los Estados Unidos de América a partir de la segunda mitad del siglo XIX. En este estudio, el *Atlas de la historia cartográfica de Venezuela* constituye una referencia fundamental.

6 GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann ob.cit., pp. 110-111.

continente, hecho que no puede pasar desapercibido cuando la mirada se detiene sobre el Caribe. Por tanto, en ellos pueden leerse también los mecanismos de control de la situación que los diversos imperios europeos establecieron para imponer orientaciones y límites al conocimiento de las nuevas realidades geográficas.

La naturaleza de los mapas como objetos que contienen, simbólicamente, los actos de apropiación que iba realizando Europa sobre las tierras y las culturas que encontraba a su paso, quedaba encubierta por el carácter de inmediatez utilitaria del que se revestían: pues no eran más que *cartas de navegación*, para orientar el tránsito de los marinos desde el mundo conocido al mundo por conocer; tránsito que se orientaba, en principio, por el entrelazado de líneas de rumbo de los *portulanos*, que convertían al planeta en una espiral adornada con sugerentes figuras y que luego, a medida que la cartografía creció en importancia y especialización, quedó en las manos, más diestras y confiables, de la técnica desarrollada por Gerardo Mercator<sup>7</sup>.

Algunos de esos mapas se presentan animados por escudos y blasones, que narran el poderío de los armadores patrocinantes o de los dueños de tan grandes tierras; o bien por seres extraños, dibujados con la claridad de quien sabe lo que dice: los monstruos marinos que, en cierto mapa, asoman su cola sobre el mar de Paria<sup>8</sup>, no están allí para indicar que se trata de una "zona de delfines", sino para alertar a los marinos que se adentran en ese desconocimiento poblado de criaturas desafiantes. La "verdad" que orienta se enlazaba, entonces, con la mitología fabricada en el viaje de los argonautas, generando interminables resonancias míticas, geográficas, históricas, como campanadas que dan comienzo a los tiempos modernos.

Desde ese mismo comienzo, se insinúan, en las primeras representaciones cartográficas de la empresa colombina, los territorios continentales adyacentes al mar que se integrarían a la historia de Venezuela. Son esas las láminas que inician el relato de Hermann González Oropeza en el *Atlas de la historia cartográfica de Venezuela*. Tras una laboriosa investigación, el autor realiza una precisa selección de mapas que, presentados en secuencia, narran "una" historia de Venezuela desde finales del siglo XV hasta comienzos del XIX: la historia de las apropiaciones territoriales y los conflictos por la toma de posesión que protagonizaron las diferentes potencias europeas, en íntima vinculación con la fragua del Caribe.

---

7 *Ibidem*, pp. 7-24

8 *Ibidem*, Lámina XII, que presenta un mapa atribuido a Theodor de Bry, de dudosa data, según explica el autor del *Atlas...* pp. 118-119.



Consecuente con lo que hasta aquí se ha planteado, este trabajo se propone una lectura caribeña del relato cartográfico contenido en el *Atlas...*, como un intento más de reapropiación de una historia que perdimos en algún recodo del siglo XIX.

## 2. ESAS NUEVAS TIERRAS (EN TÉRMINOS GENERALES)

En 1492, Colón aseguró haber llegado al Asia. Vió, en una de las islas, a la antigua Cipango, y la rebautizó con el nombre de *La Española*. A cuanto lugar llegaba, daba nombre castellano, y a veces más de uno, a pesar de que a cada paso encontraba nuevos indicios del Asia:

Las pequeñas islas eran unidades del inmenso archipiélago que Marco Polo había localizado en el "Mar de China". Las Indias, hacia las que Portugal había lentamente enfilado durante ochenta años, habían sido descubiertas en seis meses<sup>9</sup>.

En 1493-96 navegó nuevamente para encontrar las unidades norteñas de las Antillas Menores, desde Dominica hasta Puerto Rico. En 1494 descubre Jamaica y sigue hasta la costa sur de Cuba. Hace jurar a su tripulación que, en esta oportunidad, no se trataba de una isla, sino de la costa continental asiática, identificándola con el Quersoneso Áureo. Su tercer viaje, en 1498, tenía como objetivo encontrar el paso hacia el Océano Índico. Esta vez, se topó con las unidades sureñas de las Antillas Menores y con la isla de Trinidad. Desde aquí se acercó al delta del Orinoco y tocó tierra en la península de Paria: la gran masa de agua dulce que penetraba en el mar le hizo suponer la existencia de un territorio continental, viéndose obligado a admitir la presencia, bien de un continente distinto al asiático, o bien de una costa suroriental asiática, basado en la "tesis de la península adicional"<sup>10</sup>.

Un cuarto viaje, en 1502, le hizo arribar a las costas de Centroamérica, a las cuales definió como la *Península de Ptolomeo*. De la interpretación errónea de sus hallazgos, se origina la primera denominación de la realidad que iba a incorporarse: *Indias*; y de los habitantes de la misma, sujetos a colonización: los indios. Extraordinariamente, tales denominaciones sobrevivieron a la aclaración y definición de la verdadera naturaleza de lo descubierto para la historia europea: fieles a su imaginación, los españoles, para 1680, seguían hablando, coloquial y oficialmente, del Reino de las *Indias*.

---

9 WILLIAMSON, James. *The British Empire and the Commonwealth*. Londres, MacMillan, 1962. P.18 (traducción de la autora).

10 O'GORMAN, Edmundo *La invención de América*. México, FCE, 1978, p. 43. A partir de tales concepciones y suposiciones geográficas, inició luego sus viajes Américo Vesputio.

Esta primera percepción queda registrada en los mapas. Los cartógrafos, en general, antes que aventurarse a aceptar la tesis asiática, tuvieron el cuidado de ir elaborando sus diseños a partir de lo que iba siendo conocido y reconocido. Sin embargo, existen evidencias de que, a pesar de los adelantos logrados por España y Portugal en el conocimiento de los territorios descubiertos, de vez en cuando los geógrafos y cartógrafos volvían a la idea colombina. En 1507, mientras Walseemüller dibujaba y nombraba a *América*, en el mapa de Contarini-Roselli, Cuba aparece cerca de Cipango. En 1516, es el mismo Walseemüller quien elabora una *Carta marina navesgatoria* que "supone un retorno a las erróneas ideas de Colón en su concepto de aproximar o unir las tierras recién descubiertas a Asia"<sup>11</sup>. En esta carta, al sur de Cuba dice una leyenda: "Terra de Cuba-Asie Partis". Todavía en 1544, el *Novae Insulae* de Sebastián Munster vuelve sobre el tema de la cercanía de las islas con Cipango. Se demuestra de esta manera que, para los europeos, no era fácil aceptar la negación de la "cualidad asiática" del continente americano<sup>12</sup>.

En todos estos primeros dibujos, donde se mueven y se recrean las intuiciones, suposiciones y seguridades de la época, aparece insinuado, de forma más o menos realista, el croquis del litoral costero venezolano, como la parte evidente de unas *Indias* que no terminaban de tener forma en el mundo de las representaciones. Una de sus más claras apariciones en este contexto se encuentra en el mapa de Antonio de Herrera de 1601, titulado *Descripción de las Indias del Norte*, en él, sobre toda la franja costera continental se inscribe un sólo nombre: *Venezuela*<sup>13</sup>.

A pesar del arraigo del término *Indias*, incluso en la época de Colón no todos sus contemporáneos compartían sus certidumbres. De hecho, la duda parecía imponerse a nivel oficial, desde el mismo momento en que las Capitulaciones de 1492 no expresan ninguna finalidad asiática del viaje, sino sólo la afirmación de la soberanía sobre los posibles mares y tierras que se fueran encontrando. Un año después, la bula *Inter Caetera*, expedida por Alejandro VI, habla de "islas y tierra firme en las partes occidentales del mar océano, hacia las Indias", dejando abierta la tesis asiática, pero ciñéndose a lo estrictamente conocido y reconocible. Por su parte, Pedro Mártir de Anglería menciona en sus *Décadas* a un "novi orbis", siendo el primero que lo hace<sup>14</sup>.

---

11 GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann. Ob. Cit., p. 120.

12 *Ibidem*, Láminas VI, XIII y XX-B, pp. 109, 121 y 129, respectivamente.

13 *Ibidem*, p.157.

14 ABELLÁN, José Luis. *La idea de América*. Madrid, Ed. Itsmo, 1972, p. 30.

Igualmente, en el *Planisferio* de Pesaro (1502-1503):

(...) aparece por primera vez la leyenda "Mundus Novus"; es considerado de una excepcional importancia en la historia cartográfica americana, porque aunque se le reconoce un origen italiano, se nota en él la influencia del Portulano de Juan de La Cosa de 1500 (...) La expedición de La Cosa tenía como compañero a Américo Vespucio (...)<sup>15</sup>

por lo cual algunos autores consideran que estos mapas pueden haber sido inspirados por el mismo Vespucio. Basado en los presupuestos colombinos, Vespucio inició su viaje de 1501, con la intención de encontrar el paso hacia el Índico, que debía estar al sur de la "Tierra de Paria". En este recorrido llegó hasta las regiones antárticas sin lograr su objetivo, de tal manera que corrige su intuición primera y en su carta *Mundus Novus* otorga a la parte meridional del continente una cualidad diferente a la presupuesta: se trata de un nuevo continente, lo que predispone a la concepción de un nuevo ordenamiento cósmico y de posibilidades hasta entonces desconocidas para la existencia humana. Luego, en 1504, Vespucio escribe en Lisboa su *Lettera*, en la cual señalaba que toda aquella tierra por él explorada era distinta de Asia, pero no "nueva", pues se trataba de un territorio similar y asimilable a todos los conocidos y, por tanto, susceptible de apropiación y explotación. Quizás por la introducción de este matiz, la idea de *Nuevo Mundo* no ejerció ninguna influencia de peso en la orientación de las políticas imperiales; más bien, como lo preconizó Vespucio, todo territorio podía ser europeizado, en virtud de su carácter cognoscible, habitable y explotable.

El *Nuevo Mundo*, en los primeros mapas, no era más que un conjunto de islas —quizás aún cercanas al Asia— claramente detalladas, y el trazo costero desde Florida hasta el sur de Brasil. Así lo presenta Diego de Ribero, en el año de 1529 en Sevilla, en su *Carta universal en que se contiene todo que del mundo se ha descubierto hasta agora*<sup>16</sup>. Tanto al oriente como al occidente del trazo, diversas embarcaciones dibujadas con precisión surcan los mares, del Norte y del Sur. El *Nuevo Mundo* no era entonces más que una insinuación de sus enormes posibilidades, ya presentidas desde el viaje de Vespucio; y los mapas que daban cuenta de ello, una invitación al viaje.

El mundo de las representaciones es activado por los cauces de la imaginación y de la lengua; más éstos tienen que ensancharse para admitir lo que hasta entonces era desconocido, innombrado y anhelado. Tal es el caso de estos avances de representación de las primeras tierras descubiertas:

---

15 GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann, Ob. Cit. p. 45. Lámina IV, p. 105

16 Íbidem, Lámina XVII, p. 129.

Vespucio, habiéndolas nombrado *Nuevo Mundo*, reniega luego de la novedad pero insiste en la diferencia; por esta razón, simultáneamente a la concepción de *Nuevo Mundo*, se fue imponiendo otra más propia y específica.

Ya ha sido dicho que los primeros pasos en esta dirección los dieron Ringmann y Walseemüller, incorporando la idea vespuciana en la *Cosmographia Introductio* de 1507 y en los mapas correlativos. Nombrar *América* a los nuevos territorios tenía, en aquel momento, una doble connotación: la obvia, como homenaje a quien había delineado por vez primera la verdadera naturaleza geográfica del continente; la encubierta, mantener vigente la tesis de que aquel mundo no era nuevo, pero sí diferente, tanto de Europa como de Asia.

Por tanto, *Nuevo Mundo* y *América* no eran inicialmente sinónimos, porque la sinonimia no estaba formulada en la mente de Vespucio ni en la de quienes se basaron en sus observaciones para elaborar los mapas. Además, el nombre de *América* no es acogido plenamente desde el momento de su surgimiento. El mismo Walseemüller recoge sus pasos y, en su *Tabula Terra Novae*, de 1513, todo el territorio meridional se presenta como "Terra incógnita". Pero a lo largo del siglo XVI va estableciéndose la sinonimia: *Nuevo Mundo* o *América*. Así puede observarse en los mapas *Novae Insulae*, de Sebastián Munster, en 1544 y el *Portulano*, de Fernando Vaz Dourado, en 1568<sup>17</sup>. Algunos cartógrafos, como Arnoldo Florencio de Langren (1599) no se aventuran a postular una percepción unitaria de los territorios, y optan más bien por definir y detallar las parcialidades geográficas, sin señalar unidad orgánica entre ellas<sup>18</sup>. Otros prefieren aferrarse a las imágenes abismadas del primer encuentro: "Toda esta tierra es del Rey de Castilla" y "Toda esta tierra es del Rey de Portugal", reza en 1527 el *Portulano* de Visconti Maggiolo; y en el Anónimo Hispano-Portugués de 1538-1540 se engloba todo lo presentado bajo la leyenda "Las Indias de Castilla"<sup>19</sup>.

Desde principios del siglo XVII se afirma definitivamente el nombre de *América* para todo el continente meridional y casi podemos dar por desaparecida la idea de *Nuevo Mundo*. Los mapas que consolidan el conocimiento adquirido se van perfeccionando y despojando de ambigüedades y sombras. Así puede relatarse el lento proceso de gestación de las representaciones, a partir de una sola claridad inicial: las islas y las costas de Tierra Firme eran las únicas seguridades de los viajeros y para dar fe de ello estaban los mapas, con sus mares plagados de serpientes y peces voladores

---

17 Íbidem, Láminas XX-B y XXIII, pp. 135 y 139, respectivamente.

18 Íbidem, Lámina XXXII, p. 155.

19 Ibidem, Láminas XVI y XIX, pp. 127 y 133, respectivamente.

y sus tierras infestadas de indios que, al menor descuido, asaban a los navegantes trinchándolos y haciéndolos girar entre dos horquetas<sup>20</sup>.

### 3. LAS ANTILLAS Y TIERRA FIRME

Aun cuando las representaciones genéricas contribuían a mantener en Europa la ilusión del encuentro con un territorio único, inmenso en dimensiones y riquezas, desde los primeros viajes colombinos sí emergieron nuevas tierras en el mundo de las representaciones, aunque asomaran disfrazadas con trajes muy antiguos. Además de la *Geografía* de Ptolomeo y la *Imago Mundi* de Pedro D'Áilly, Colón ostentaba entre sus pertenencias

la famosa "carta de marear" que el florentino Paolo Toscanelli le había enviado en 1474, en la que figuraba la legendaria Antiglia, que los cartógrafos colocaban al oeste de Irlanda, en el extremo Occidental del Océano inexplorado, como escala del viaje a Cipango, y que algunos identificaban con la Atlántida de Platón y otros con la misteriosa Ante-Ilha (o Isla Anterior), la isla portuguesa de las Siete Ciudades<sup>21</sup>.

El mito es de vital importancia, pues de él se deriva la primera representación que la imaginación y la lengua españolas fabricaron en los territorios americanos, referida, no a una parcialidad geográfica, sino a un conjunto; esto es, al constituido por las islas que iban siendo exploradas. De acuerdo con la tradición, seis obispos cristianos, acosados por los árabes a fines del siglo VIII, habían huido de España y arribado a la Ante-Ilha, donde fundaron Siete Ciudades que permanecieron en estado de paz evangélica, esperando el triunfo de la cristiandad. Esta isla apareció de pronto ante los ojos de Colón, aunque los nativos la llamaban Guanahani y los mismos españoles la rebautizaron como San Salvador. A cada nuevo paso, se iba sumando una nueva Antilla. Por extensión, el nombre se hizo común a todas las islas descubiertas, desde los primeros años. Un lugar mitológico, al igual que todos aquellos lugares "reales" identificados por Marco Polo, eran indiferenciadamente objeto de interés para los propósitos expansionistas de los reinos europeos.

*Las Antillas* fue la representación usualmente aceptada por los países europeos católicos para referirse al conjunto insular del continente americano. En la temprana fecha de 1502, la *Carta de Navegación o Cantina*, elaborada por Alberto Cantino, Duque de Ferrara, adopta esta denominación agrupadora, con una leyenda sobre las islas "Las Antillas del Rey de Castilla"<sup>22</sup>. De esta

---

20 Ibidem, Láminas III y XII, pp. 109 y 119, respectivamente.

21 ROSENBLAT, Ángel. *La primera visión de América y otros estudios*. Caracas, Ed. Ministerio de Educación, 1969. P.18.

22 GONZÁLEZ OROPEZA., Hermann, Ob. Cit., Lámina V, pp. 106-107.



manera, *Las Antillas* es el primer nombre común a un conjunto territorial determinado. Por lo demás, estas tierras son ampliamente exploradas y a comienzos del siglo XVI ya constituyen lugares precisos de referencia para conquistadores, colonizadores y aventureros.

La insularidad y sus representaciones fueron los primeros elementos de aproximación de los europeos a la nueva realidad. Insularidad y búsqueda del continente serían los valores contrastantes en los primeros viajes de los europeos a través del océano, que confrontaban realidad e imaginación: las inmensidades asiáticas no se parecían en nada al rosario de islas que iban apareciendo en las rutas de los navegantes, islas que eran sólo percibidas como etapas en el tránsito hacia el encuentro definitivo del continente. Sin embargo, éste no apareció sino lenta y progresivamente. Era preciso desasirse de las imágenes insulares para acceder a los grandes territorios, y en ello hubo siempre una inseguridad, fácilmente perceptible a través de los mapas, pues mientras a las islas se le acomodaban todos sus detalles, el continente era resuelto a grandes trazos. La marca de la insularidad impedía afirmar la continentalidad. Así, no es extraño que, en 1544, Sebastián Munster presente en su mapa *Novae Insulae* al continente meridional como "Insula Atlántica, que es llamada Brasil y América"<sup>23</sup>. En esta representación, el continente es una isla ampliada; por qué no decirlo, quizás la grande, única y verdadera Antilla.

Pero no sólo *Las Antillas* ocuparon este espacio de primera referencia en el Nuevo Mundo. Progresivamente son incorporadas las áreas continentales litorales; primero aquellas de las que dio noticias Colón llamándolas "Tierra de Paria", y luego el resto de la costa meridional del mar, todas las cuales fueron adoptándose en los mapas como *Tierra Firme*. Aunque en la ya citada *Cantina*, de 1502, hay una leyenda que dice "Toda esta tierra es del Rey de Castilla" en un gran espacio vacío situado debajo de la costa meridional del mar, como esperando las futuras incursiones de conquistadores y exploradores, la *Tierra Firme* es una representación segura y "confiable" en todos los mapas del siglo XVI.

El conjunto representado por *Las Antillas* y *Tierra Firme* aparece entonces como la primera unidad geopolítica de España en las nuevas tierras: *Las Antillas* y *Tierra Firme* era, durante el siglo XVI, lo conocido y explorado; *Indias* eran todos los territorios descubiertos y por descubrir o, mejor dicho, por anexas. A comienzos del siglo XVII, Antonio de Herrera, en su *Description del Destricto de la Audiencia de La Española*, presenta detalladamente esta unidad<sup>24</sup>, la cual se mantiene y se fortalece en las

---

23 *Ibidem*, Lámina XX-B, p. 135.

24 *Ibidem*, Lámina XXXIII-B, p. 157.



representaciones que, en lo sucesivo, elaborarían los cartógrafos de las más variadas escuelas. En cualquier mapa descriptivo de *Las Antillas* era ineludible la presencia, aunque sólo como esbozo, de la *Tierra Firme*, resaltando sus parcelas, en un principio, más conocidas: Curiana, Paria, Caribana, Benezuela.

Pero en el siglo XVIII ya no era tan visible esta unidad: *Tierra Firme*, sin duda, era un conjunto territorial de importancia, especialmente en los diseños impuestos por las escuelas cartográficas; sin embargo, en las descripciones comenzó a aparecer más vinculado a la imagen global de la América Meridional, aun cuando las islas permanecían casi aferradas a su continentalidad, como en *la Carte de la Terre Ferme, du Perou, du Bresil et du Pays des Amazones*, elaborada por Guillaume D'Isle, en 1703<sup>25</sup>. Se deduce de ello que en *Las Antillas y Tierra Firme* el problema de agrupar y unificar resultó complejo y nunca parecía lograrse definitivamente. Es evidente que existía una afinidad entre todos estos territorios. Pero la existencia de diversas etnias, sus particularidades y las formas como éstas se relacionaban entre sí, fueron procesos incomprensidos por los españoles. La fragmentación del orden previo, la depredación, el abandono de islas, el "partir de cero", se erigieron aquí como métodos de colonización.

Especialmente significativos en la implantación de esta "metodología" fueron los *caribes*, identificados en un principio como antropófagos, caníbales, gentes del Khan, los cuales habían ocupado casi todos los territorios de las Antillas Menores. Por tanto, fue una de las primeras etnias que conocieron los españoles, pero también la primera que se les opuso, por lo que la palabra "caribe" se convirtió en la designación oficial de los indios a quienes se podía esclavizar, iniciándose así la rápida devastación de *Las Antillas*. Además, desde el comienzo se hizo evidente la comunicación de los caribes isleños con los de las tierras continentales, circunscritos en la región de las Guayanas y en el margen nororiental de *Tierra Firme*. A toda esta región continental se dio el nombre de *Caribana* o *Terra Canibalarum*, y a las Antillas Menores, el de *Islas de los Caribes* o *Islas Caníbales*. Así, desde el mapa de Walseemüller en 1516 (ya citado) se recogen las Guayanas como *Terra Canibalarum* y el Golfo de Paria como *Golfo de los Caníbales*. Igualmente, en la *Novae Insulae* de Sebastián Munster (1544), en el mapa de Gerard de Jode (1585), en el *Residuum Continentis cum adiacentibus insulis*, de Cornelius Witfliet (1597), por citar sólo algunos del siglo XVI<sup>26</sup>. Los caribes se convierten en imagen definidora de una región geográfica precisa: el circuito conformado por las Guayanas y las Antillas Menores.

---

25 *Ibidem*, Láminas XLVI A-D, p.191.

26 *Ibidem*, Láminas XX-B, XXVII y XXVIII-B, pp.135, 145 y 147.

Incluso aparecen "retratados" sobre esas tierras, semidesnudos, a veces en claras escenas de antropofagia.

Hacia principios del siglo XVII, ya se había establecido la sinonimia entre *Islas Caribes* e *Islas Caníbales*. Desde el mapa de Guillermo Blaeuw (1610) se generalizó la denominación a todas las Antillas Menores<sup>27</sup>. Lo que se realiza durante el siglo XVII es, por un lado, la confirmación de la visión unitaria que había en Europa acerca de lo comprendido en la representación denominada *Antillas y Tierra Firme*<sup>28</sup>; y, por otro, la clasificación del referido grupo insular en islas de Sotavento e islas de Barlovento e, igualmente, las denominaciones distintivas de Antillas Mayores y Antillas Menores, distinciones que fueron ampliando el sistema de referencias acerca de estos territorios en las concepciones geográficas europeas.

Hasta el siglo XIX estas representaciones cartográficas, con las distinciones y detalles correspondientes, fueron las usualmente recreadas por todas las escuelas europeas pero, aun cuando en los mapas el conjunto era presentado como unidad geográfica, de clara percepción y entendimiento directo para marinos, comerciantes, piratas, negreros, en realidad estos mismos mapas iban dejando constancia del estado progresivo de fragmentación, de cómo la historia había socavado esa unidad original.

#### 4. WEST INDIES, CARIBBEAN ISLANDS Y THE SPANISH MAIN: LA OBRA DE LOS INGLESES

A partir de la década de los sesenta del siglo XVI, se fue haciendo evidente el propósito de los ingleses de introducirse en el área, buscando nuevos mercados y nuevas tierras que pudieran ser objeto de colonización. En principio, pusieron sus ojos sobre las *Antillas y Tierra Firme*, por dos razones rotundamente obvias: por un lado, este espacio geográfico era la "puerta de entrada" al continente meridional, desde donde se ponían al alcance las grandes riquezas del Perú o de El Dorado; por otro, constituía el conjunto geográfico más desatendido por la Corona española, pues a la desolación genocida de los primeros años de conquista, le siguió la indefinición de políticas de colonización y poblamiento en el área.

Así, en el siglo XVII se introdujo una representación diferenciada de los territorios americanos, que pone de manifiesto el sentido estratégico de la colonización inglesa: se identificaron claramente las partes denominadas

---

27 *Ibidem*, Lámina XXXIV, pp. 158-159.

28 *Ibidem*, Láminas XLI y siguientes, pp. 180-184.

*Indias, Perú y Brasil* como aquellas regiones donde concentraban sus intereses los iberos; para los territorios recorridos por Colón y sus zonas adyacentes se reservó, especialmente en idioma inglés, la denominación de *Indias Occidentales*: las tierras caribes, sin caribes y casi sin españoles, simplemente estaban allí, abriendo o cerrando el paso al continente (depende de la perspectiva y de las intenciones), esperando que los ingleses se dispusieran a actuar. Figuras como John Hawkins y Francis Drake llegaron a ser relevantes en la red de relaciones comerciales de la época. Igualmente, las dos incursiones de Walter Raleigh (en 1595 y 1617) revelaban la intención, no sólo de explorar, sino incluso de tomar posesión en *Terra Canibalarum*, aun en aquellos lugares donde ya existían asentamientos españoles, como tránsito en la conquista inglesa del continente suramericano.

En los años de 1623-1624 los ingleses tomaron posesión de St. Kitts, y entonces comenzó la rápida, fácil y permanente colonización británica en las *Antillas y Tierra Firme*. Incluso, una expedición al mando del Almirante Penn atacó La Española en 1654 y, al ser rechazada, enfiló hacia Jamaica, de la cual se posesionó en 1655, y la que llegó a constituir, en el siglo XVIII, la más importante adquisición inglesa en América.

Entre los siglos XVII y XVIII aquel mar vio llegar a los diversos poderes europeos y trasladar a sus aguas las continuas pugnas por el control hegemónico del planeta. Para el siglo XVIII, españoles, ingleses, franceses y holandeses tenían establecidas colonias permanentes en el área. La *Tierra Firme* fue denominada en inglés *Spanish Main*, de acepción familiar para los buques ingleses, como territorio propiciante de los ataques piratas y el comercio clandestino.

Durante el siglo XVIII, entonces, las *West Indies* comprendían todas las *Antillas y Tierra Firme*. Así figura en los mapas, con especial énfasis en las *Islas Caribes*; por ejemplo, el de Hermann Moll (1720), titulado *A Map of the West Indies or the Islands of America in the North Sea with adjacent countries...*<sup>29</sup>, englobando todo —Antillas Mayores y Menores— bajo la leyenda “The Antilles Islands, discovered by Christ Columbus. A.D. 1492”<sup>30</sup>.

Igualmente, en el mapa de John Seller (1728) se establece una vinculación orgánica entre las *Islas Caribes (Caribbe Islands)* y la *Tierra Firme (Spanish Main)*<sup>31</sup>, calificando al conjunto como “The Trading Part of the West Indies”<sup>32</sup>. La relación entre *Spanish Main, Caribbe Islands* y *Caribana* se

---

29 “Un mapa de las Indias Occidentales o Islas de América en el Mar del Norte con sus países adyacentes...”

30 “Las Islas Antillas, descubiertas por Cristóbal Colón, en el 1492 D.C.”. *Ibidem*, Lámina L, p. 205.

31 *Ibidem*, Lámina LII, p. 209.

32 Esto es, “la parte comercial de las Indias Occidentales”.

estrecha en el mapa de Emmanuel Bowen (1752), titulado *A new and accurate Map of the Terra Firma and the Caribbe Islands*<sup>33</sup>.

Para 1798, Johan Walck elabora su *Tabula Geographica maximae partis Americae Mediae sive Indiae Occidentalis*. Se introduce en esta carta una representación de América Media, que luego daría lugar a la América Central, aun cuando este mapa concede la preponderancia territorial del conjunto a la *Terra Firma*. Llama la atención que "Trinidad se le asigne a Inglaterra, a pesar de que había sido ocupada sólo unos cuantos años antes, y cuando todavía no había sido renunciada por España en el Tratado de Amiens de 1802"<sup>34</sup>.

Para la Corona española, el conjunto siguió siendo el mismo de los primeros años de conquista: *Antillas y Tierra Firme*, como el espacio fundacional de las *Indias*, con lo que preservó para la historia las imágenes asiáticas, mitológicas, geográficas, de los primeros grandes navegantes. Los ingleses se aferraron más a la distinción *West Indies* porque la India original terminó perteneciéndoles. En un primer momento, englobaban en esta representación a todas las Antillas y a la Tierra Firme. Pero, progresivamente, lo que en este término se encontraba representado fue siendo constreñido para comprender, finalmente, sólo las posesiones inglesas en las islas y en la zona continental de *Caribana*, lo cual se hace visible en la cartografía y en otros discursos a lo largo del siglo XIX.

Inglaterra, imperio con evidente preponderancia económica y política para la época, presenta ante el mundo al espacio caribe, como la referencia más directa, inmediata y abarcante del mar americano.

## 5. ¿UN MAR SIN NOMBRE?

En los primeros años de descubrimientos y tomas de posesión territoriales, todas las aguas eran contenidas en la *Mar Océano*, sin mayores delimitaciones. Sin embargo, y aun cuando apenas se iniciaba el trayecto, desde aquellos comienzos pareció clara la existencia de un mar cerrado, que los marinos percibían a través de la naturaleza de los vientos y las mareas. Ello queda, por ejemplo, vagamente insinuado en el *Portulano* de Juan de la Cosa, en 1500 (ya citado).

Iniciadas las exploraciones de la costa centroamericana, en 1513 los españoles, bajo el mando de Vasco Núñez de Balboa, vieron las aguas del Pacífico, que pareció a todas luces un mar muy grande y al cual, dada la

---

33 *Ibidem* Lámina LX, p. 225.

34 *Ibidem*, cita textual p. 258, Lámina LXXXI, p. 259.

dirección que había tomado el recorrido de los expedicionarios, se le reconoció como *Mar del Sur*, en contraste con el otro anterior, cuya imagen se implantó como *Mar del Norte*.

Desde que un barco europeo partía hacia las *Indias*, comenzaba a transitar por el *Mar del Norte*, sin que las aguas oceánicas se diferenciaron, en apariencia, de las más cálidas que se encontraban encerradas por el rosario de islas antillanas<sup>35</sup>, aunque, como se ha dicho, los marinos vivían de esas diferencias, transmitiendo sus impresiones a quienes fabricaron los mapas representativos del espacio americano. Muchos intentaron trabajar tales diferencias: bien colocando *Mar del Norte* en letras grandes sobre el océano y en letras pequeñas sobre el mar<sup>36</sup>; bien imaginándolo como un espacio con una textura particular, como en *el Anónimo Hispanoportugués* de 1517-1520, donde hay una zona llamada *Océano* y otra descrita como *Mar visto por los castellanos*<sup>37</sup>; o bien simplemente estableciendo una diferencia geográfica apropiada, como en el mapa de Paulo Forlani de Verona, de 1566, en el cual se designa como *Mar del Norte* al mar y *Mar Océano* a todas las aguas que bordean la costa oriental del continente meridional<sup>38</sup>.

La tesis de Carl Ortwin Sauer de que este mar permaneció durante mucho tiempo como espacio innombrado es, en tal sentido, incorrecta<sup>39</sup>. En un primer momento, la carencia de una imagen adecuada condicionó la ausencia de una denominación geográfica propia, pues sólo poco a poco fue conociéndose con precisión las dimensiones de los océanos y la verdadera naturaleza del mar. Pero más temprano que tarde, por el desarrollo de la especialización y de las técnicas de levantamiento geográfico y cartográfico, estuvo clara la intención de otorgarle al mar una representación y un nombre propios.

Este interés se refleja de modo sostenido en las construcciones cartográficas desde las últimas décadas del siglo XVI. En el mapa de Robert Dudley, de 1647, que reproduce un original de 1595, el mar americano es presentado como "Il Mare dell' India Occidentale". Igualmente, en los mapas de Guillermo Blaeuw, la idea de *Mar del Norte* se restringe exclusivamente al mar americano<sup>40</sup>.

---

35 Ibidem, ver por ejemplo Láminas XXXIV-B y XXXIV-C, pp. 161 y 163, respectivamente.

36 P. e. Nicholas Sanson D'Abbeville (1650). Ver: Ibidem, Lámina XXXVIII, p. 175.

37 Ibidem, Lámina XIV., p.123.

38 Ibidem, Lámina XXII, p. 139.

39 Ver: ORTWIN SAUER, Carl. *Descubrimiento y dominación española del Caribe*. México, FCE, 1984.

40 GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann. Ob. Cit., Láminas XXXIV-C y XXXVII, pp. 163 y 173, respectivamente.



Por tanto, si bien *Mar del Norte* no fue un término preciso inicialmente, constituyó una denominación propia en lengua española y aceptada en todos los idiomas, para otorgarle carácter distintivo al mar, lo cual fue adquiriendo mayor veracidad a medida que los océanos se delineaban y nombraban como Atlántico y Pacífico. Durante todo el siglo XVII y hasta finales del XVIII, el mar sí tenía nombre: se llamaba *Mar del Norte*, según lo relata Edward Thompson en su mapa de 1783, donde trata acerca de "The Part of the Atlantic Ocean to which the Spaniards give the name of North Sea"<sup>41</sup>.

## 6. SI NUESTRAS ISLAS SON CARIBES...

Pero lo que alega Ortwin Sauer no es tema de su real invención, pues para los ingleses, el término *Mar del Norte* estaba referido a la ubicación geográfica del mar con respecto al continente meridional, más no constituía un nombre propio, un signo de apropiación. Así, su comportamiento en el diseño y concepción del mar americano sucedió tal y como si éste no tuviera dueño. La conquista británica en el territorio que los ingleses denominaban *West Indies* se abrió paso, principalmente, en las *Caribbe Islands* (o Islas Caribes) y en la zona continental de *Caribana*. No es de extrañar que la voz "caribe" —desprovista de su significado original— adquiriera en lengua inglesa un tono familiar y aludiera a un conjunto territorial unificado bajo el poder colonial del imperio británico, al cual, "lógicamente", debía asimilarse el mar. De este modo se cumplió el mecanismo de apropiación: "si nuestras islas son caribes, nuestro mar debe ser caribe". Esta apropiación, en el mundo de las representaciones, comienza a formalizarse a fines del siglo XVIII.

En la Introducción a su *West Indies Atlas* (1773), Thomas Jefferys escribía: "...a veces se le ha llamado Caribbean-Sea, nombre que sería mejor adoptar que dejar este espacio anónimo", y así lo hizo en su mapa<sup>42</sup>.

Al mismo tiempo, puede observarse afirmada la identificación española de *Mar del Norte* en los mapas de Luis de Surville (1778), Antonio Zatta (1779), Edward Thompson (1783), Rigobert Bonne (1788), entre otros<sup>43</sup>. Sin embargo, a partir de la propuesta de Jefferys, el *Mar Caribe* se convirtió en una realidad casi inmediata, especialmente en idiomas inglés, alemán y holandés. Para el siglo XIX, ya era ampliamente conocido y aceptado en la

41 Esto es, "La parte del Océano Atlántico a la cual los españoles dan el nombre de Mar del Norte". Ver: *Ibidem*, Lámina LXXII, pp.240-241.

42 ORTWIN SAUER, *Carl. Ob.Cit.*, p. 17.

43 GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann, *Ob. Cit.*, Láminas LXVIII, LXX, LXXII y LXXVII, pp. 237, 239, 241 y 251.



cartografía internacional, según se desprende del relato cartográfico que inicia en el *Atlas...* Johan Walck, en 1798 y continúan John Thomson (1817), John Arrowsmith (1842) y Tallis (1851), con el mapa que cierra la selección tratada<sup>44</sup>.

En la cultura hispana, la idea de un mar de los caribes o *Mar Caribe* no fue acogida sino hasta después de un siglo. A fines del XVIII, las *Islas Caribes* y la región de *Caribana* se encontraban ocupadas por Inglaterra, Francia y Holanda, mientras que la parte de Guayana colonizada por España — pequeña parcela de lo que mucho antes fuera la Provincia de la Santísima Trinidad del Dorado— había sido asignada al control político-administrativo de la recién creada Capitanía General de Venezuela. En España, el nombre “caribe” recordaba sólo la primera etnia indígena de la que se tuvo noticias; un pueblo, aparentemente, sin descendencia de la cual preocuparse en la historia oficial de los siglos posteriores y la palabra “caribe” sólo llegaba a España de cuando en cuando, en los relatos de misioneros capuchinos y jesuitas que trabajaban o habían trabajado en las incontrolables tierras de Guayana. Todo muy lejos de la “naturaleza” que España había conferido al continente americano.

La idea que se abrió paso durante el siglo XIX, en los idiomas español y francés, fue la de *Mar de las Antillas*, como resultado de la reorganización geopolítica que los Borbones emprendieron en América, sustituyendo a la original de *Mar del Norte*. En el mapa de Agustín Codazzi, de 1840, presentado y difundido como *Mapa político de la República de Venezuela*, aparece esta nueva acepción del mar, en consonancia con otros diseños cartográficos contemporáneos: el Mapa de la Marina Francesa (1815), titulado *Carte Reduite de la Mer des Antilles et de la Cote de Terre Ferme...*; la *Carte Générale de L'Amérique et des Iles qui dépendent...*, realizado por Brue, en 1826; la *Carte de Colombie contenant le Republiques de la Nouvelle Grenada, de Venezuela, de L'Equateur et les Guyannes*, elaborada por Pierre Lapie, en 1842, entre otros<sup>45</sup>.

Puede decirse que, durante todo el siglo XIX, ambos nombres, *Mar Caribe* y *Mar de las Antillas*, compiten por afirmarse universalmente, en la misma medida en la que se desarrolla la competencia entre latinos y anglosajones por imponer su predominio. Al final, hemos sido testigos del triunfo de la representación inglesa originada por Gran Bretaña y activada por los Estados Unidos de América que, con sus particulares modos de estrategia geopolítica, intervino para crear una nueva región. Entre hispanos e hispanoamericanos,

---

44 Ibidem, Láminas LXXXI, LXXXVII, XCIX, C; pp. 259, 269, 293 y 295.

45 Ibidem, Láminas XCVI A-B, LXXXVI, XCIII, XCVIII, pp. 285, 267, 279 y 291, citadas en ese orden.

sin embargo, no fue sencillo desplazar el sonoro y castizo llamado del *Mar de las Antillas*, que se mantuvo durante varias décadas del presente siglo, disfrazado bajo la apariencia de una sinonimia: *Mar Caribe o de las Antillas*.

Los caribes entraron así —paradójicamente— en el léxico geográfico universal, por el triunfo de una representación sobre otra, reflejo del poder adquirido por una potencia colonial y otra neocolonial sobre las demás y de la imposición de sus concepciones del mundo. Pero no entraron como ellos mismos, sino como designación de los esclavos negros que, sobrevivientes del *Middle Passage*<sup>46</sup>, encontraron en cada isla su prisión, porque el mar, como muro infranqueable, les impidió el regreso a la casa africana.

## 7. LA PÉRDIDA DEL CARIBE

En su obra *La pérdida del Dorado*, el escritor trinitario Vidia Naipaul revela una perspectiva insular a través de la cual se observa cómo se diluyó la promesa de El Dorado entre tantas historias parciales, que efectuaron la drástica separación de las islas y su continente de referencia, al cabo de las cuales Trinidad quedó demasiado lejos de los grandes territorios suramericanos. El autor habla con aspereza de Colombia, el enorme proyecto incaico de Miranda, que ni de reojo contemplaba el destino de las islas.

Suramérica pasó a ser un continente mestizo, con preponderancia “blanca” pero afirmado sobre las glorias de los Incas; las islas del Caribe, guijarros sueltos en el mar, poblados por negros cuyos orígenes históricos estaban en la esclavitud. Es pertinente recordar, al respecto, la manipulación que de estos temas pudieron hacer a sus anchas las diversas historiografías —también parciales— para profundizar el alejamiento.

Al final del relato cartográfico que ha sido tratado, se percibe de modo indirecto que Venezuela experimentó, durante el siglo XIX, la pérdida del Caribe. Varias condiciones intervinieron en esa pérdida, algunas de las cuales son narradas en los mismos mapas.

En primer lugar, cabe señalar el efecto disociador que las reformas borbónicas tuvieron sobre la unidad geográfica constituida por las *Antillas y Tierra Firme*. Para el siglo XVIII, era evidente la importancia que para la Corona española tenía el Virreinato de la Nueva España. Entre las muchas reorganizaciones geopolíticas efectuadas, se realizaron diversos intentos de vincular el área antillana a ese centro de poder colonial, y asimilar las Antillas a la geografía mexicana, sustituyendo el nombre de *Archipiélago Antillano*

---

46 La imagen del Middle Passage (o medio pasaje) está referida a las penurias experimentadas en los barcos negreros, por las cuales muchos africanos no llegaron a su destino, sino que morían a medio camino entre África y América.

por el de *Archipiélago Mexicano* y llamando al *Mar del Norte* (actual Caribe) *Mar Mexicano*. Estas proposiciones son recogidas en los mapas de Matías Seutter, de 1730 y 1735. El de este último año enfatiza la intención integradora, al denominar a todo el conjunto, incluidas las *Islas Caribes*, como *Región Mexicana*<sup>47</sup>.

El precedente se encuentra en 1710, en el mapa de Carol Allard, *La Novísima Totius Orbis Tabula*, en la cual se denomina al mar *Mar Mexicano*, diferenciándolo del *Mar del Norte*, nombre reservado para el océano<sup>48</sup>. Aunque esta forma de regionalización no fue constante durante el periodo, en algunas interpretaciones el foco de vinculación continental de las *Antillas* fue movido desde *Tierra Firme* hacia *América Central*.

En esta dirección es de crucial importancia un mapa ya mencionado: aquel que elaboró Johan Walck en 1798, titulado *Tabula Geographica maximae partis Americae Mediae sive Indiae Occidentalis*<sup>49</sup>. Aunque el propósito de integración mexicana no se cumplió, sí se efectuó el desplazamiento y, con ello, la aparición en escena de una *América Central*, muy cara a los ojos de los Estados Unidos de América.

En segundo lugar, conviene referir que, para 1777, fecha de creación de la Capitanía General de Venezuela, ya se había realizado la desintegración de las *Antillas y Tierra Firme*, en el carácter de unidad geográfica y geopolítica que anteriormente tuvo. Más bien, la Capitanía comprendió la reubicación y reintegración de diversas provincias, signadas antes por vinculaciones de variada índole, las cuales, así reunidas, se insertaban claramente en un destino suramericano. En efecto, las islas más cercanas eran colonias inglesas, francesas y holandesas, al igual que extensos territorios de la antigua *Caribana*; y hacia abajo, se compartían fronteras con el Imperio del Brasil, lo cual predispuso una tendencia natural al establecimiento de la vinculación andina. En este nuevo diseño, Caracas encontraba más correspondencia en los países del sur que en el *Mar del Norte*, el cual, de modo "extraño", iba tornándose *Caribe*. Esta tendencia natural es la que se recoge en los proyectos fundadores de las naciones suramericanas.

En tercer lugar, es determinante la actuación de los Estados Unidos de América pues, a lo largo del siglo XIX, fueron construyendo al *Caribe* como su patio trasero. Aludiendo a una comunidad de intereses de todos los pueblos americanos, el mensaje del Presidente James Monroe, el 2 de diciembre de 1823, lanzó una sutil advertencia contra Colombia, al señalar que las naciones americanas debían respetar la existencia de colonias o

---

47 *Ibidem*, Láminas LIII y LIV, pp. 211 y 213, respectivamente.

48 *Ibidem*, Lámina XLVIII, p. 201.

49 *Ibidem*, Lámina LXXXI, p. 259.

dependencias de cualquier país europeo<sup>50</sup>, habida cuenta de ciertas noticias que revelaban las intenciones de los ejércitos libertadores de avanzar sobre el Caribe. Especialmente se quería resguardar la isla de Cuba de las aspiraciones suramericanas, pues el interés estadounidense sobre este territorio había sido suficientemente declarado y explícito, según consta en una carta que Thomas Jefferson le dirigiera al mismo Monroe, fechada en 24 de octubre de 1823:

¿Queremos obtener para nuestra propia Confederación una o más de las provincias españolas? Confieso sinceramente que siempre he tenido a Cuba por la más interesante aportación que podría hacerse a nuestro sistema de Estados. El control que esta isla, junto con la punta de La Florida, nos daría sobre el Golfo de México y los países e istmos que lo bordean, así como aquellos cuyas aguas fluyen a él, colmaría la medida de nuestro bienestar político<sup>51</sup>.

Pero los párrafos anteriores, que tratan de explicar, a modo de conclusión, una pérdida, son materia de otro relato.

Interesa destacar, para éste que aquí se ha propuesto, dos anotaciones finales:

1. Una vez implantada la idea de Mar Caribe, progresivamente fueron sumándose a la cualidad de "caribeñas", no sólo las Antillas Mayores, sino también las tierras continentales adyacentes, de donde resultó el cumplimiento de una segunda asimilación: si todo el mar es caribe, todas las tierras que le circunscriben también lo son.

Por esta extensión y transferencia de significado la lengua inglesa adquirió el primer nombre general para Tierra Firme, las Antillas y el mar intermedio, lo que en español se designa con el nombre de Región Circuncaribe o, simplemente, El Caribe<sup>52</sup>.

De este modo, al comienzo Inglaterra y luego los Estados Unidos de América, fueron diseñando y asimilando una nueva Región, con una condición muy peculiar: la de ser depositaria en exclusiva de la Doctrina Monroe y, por tanto, en la dinámica neocolonial estadounidense, la de estar integrada por territorios susceptibles de intervención armada.

2. La selección de mapas que integran *el Atlas de la Historia Cartográfica de Venezuela* puede leerse como destinada a referir la historia del Caribe, desde una perspectiva particular: la que ofrece el ámbito de las representaciones cartográficas, donde las Antillas, Tierra Firme, Caribana, Venezuela y el Caribe se anudan y despejan en una madeja de historias parciales. Desde este discurso, Venezuela tiene la aspiración legítima de recobrar una historia

50 Ver al respecto la letra del Mensaje de Monroe en: BEMIS, Samuel. *The Latin American Policy of the United States*. Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1943. Pp. 63-65.

51 JEFFERSON, Thomas. *Autobiografía y otros escritos*. Madrid, Ed. TECNOS, 1987. pp. 761-762.

52 ORTWIN SAUER, Carl. Ob. Cit., p. 18.

caribeña que le ha sido escamoteada en la modernidad, aunque los esfuerzos realizados en las recién pasadas décadas, no hayan logrado borrar la idea, forjada en la imaginación de los caribeños, de que Venezuela es un inmenso y distante territorio suramericano, como lo expresara Eric Williams: "Venezuela es un país caribeño. Muy pronto oiré decir que también lo es la Tierra del Fuego"<sup>53</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

- GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann *Atlas de la Historia Cartográfica de Venezuela*. Caracas, Editorial PAPI, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1983.
- ABELLÁN, José Luis. *La idea de América*. Madrid, Ed. Itsmo, 1972.
- BEMIS, Samuel. *The Latin American Policy of the United States*. Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1943.
- GIMÉNEZ, Lulú. *Caribe y América Latina*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1991.
- JEFFERSON, Thomas. *Autobiografía y otros escritos*. Madrid, Ed. TECNOS, 1987.
- O'GORMAN, Edmundo *La invención de América*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- ORTWIN SAUER, Carl. *Descubrimiento y dominación española del Caribe*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- ROSENBLAT, Angel. *La primera visión de América y otros estudios*. Caracas, Ministerio de Educación, 1969.
- WILLIAMS, Eric *Select Speeches*. Port of Spain, fotocopiado, s/i.
- WILLIAMSON, James. *The British Empire and the Commonwealth*. Londres, MacMillan, 1962.

### ABSTRACT

This article proposes a Caribbean reading or interpretation of the Atlas of the Cartographic History of Venezuela by Hermann González Oropeza, seen as a statement of the cartography of the country and as an attempt of reappropriación of a history lost during the century XIX.

### KEY WORDS

Caribbean. Venezuela. Atlas. Cartography. Hermann González Oropeza.

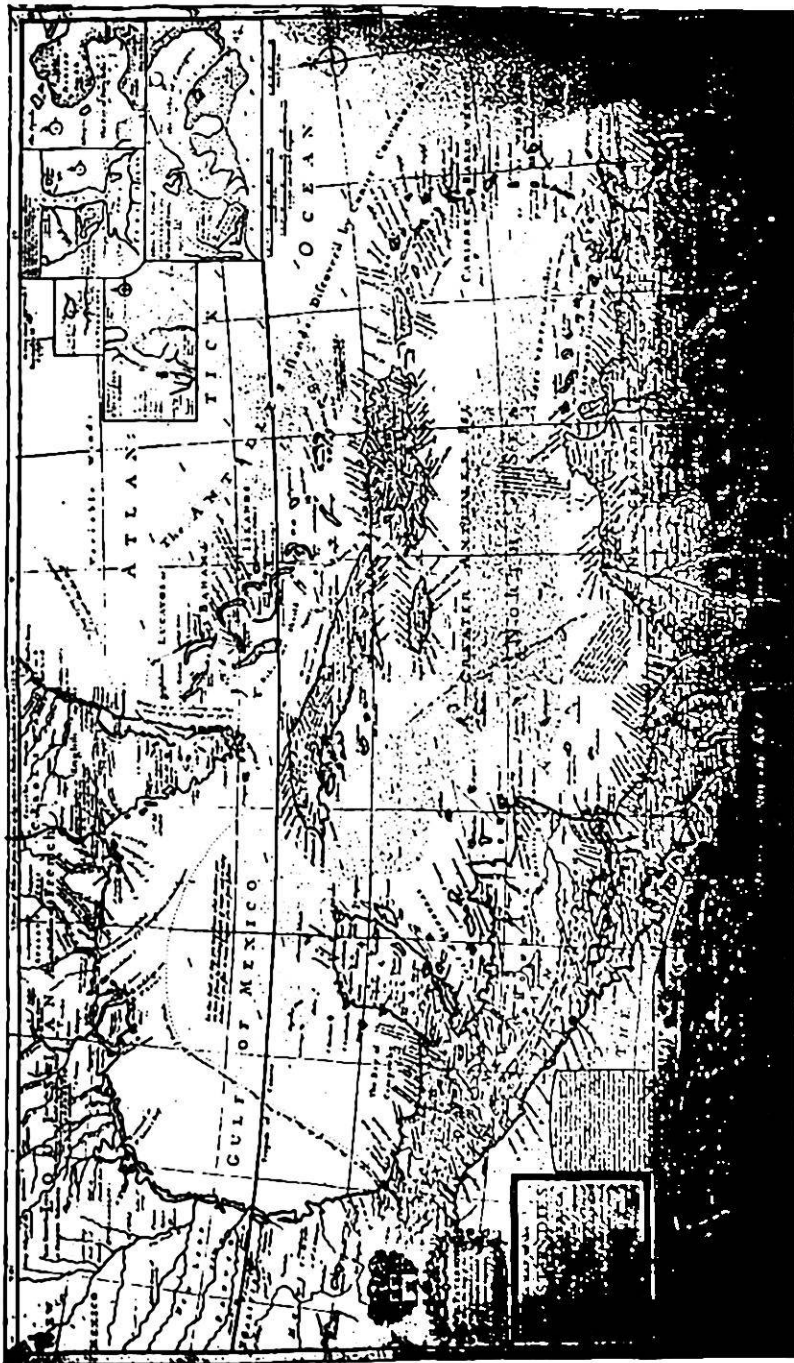
---

53 WILLIAMS, Eric *Select Speeches*. Port of Spain, fotocopiado, s/i.

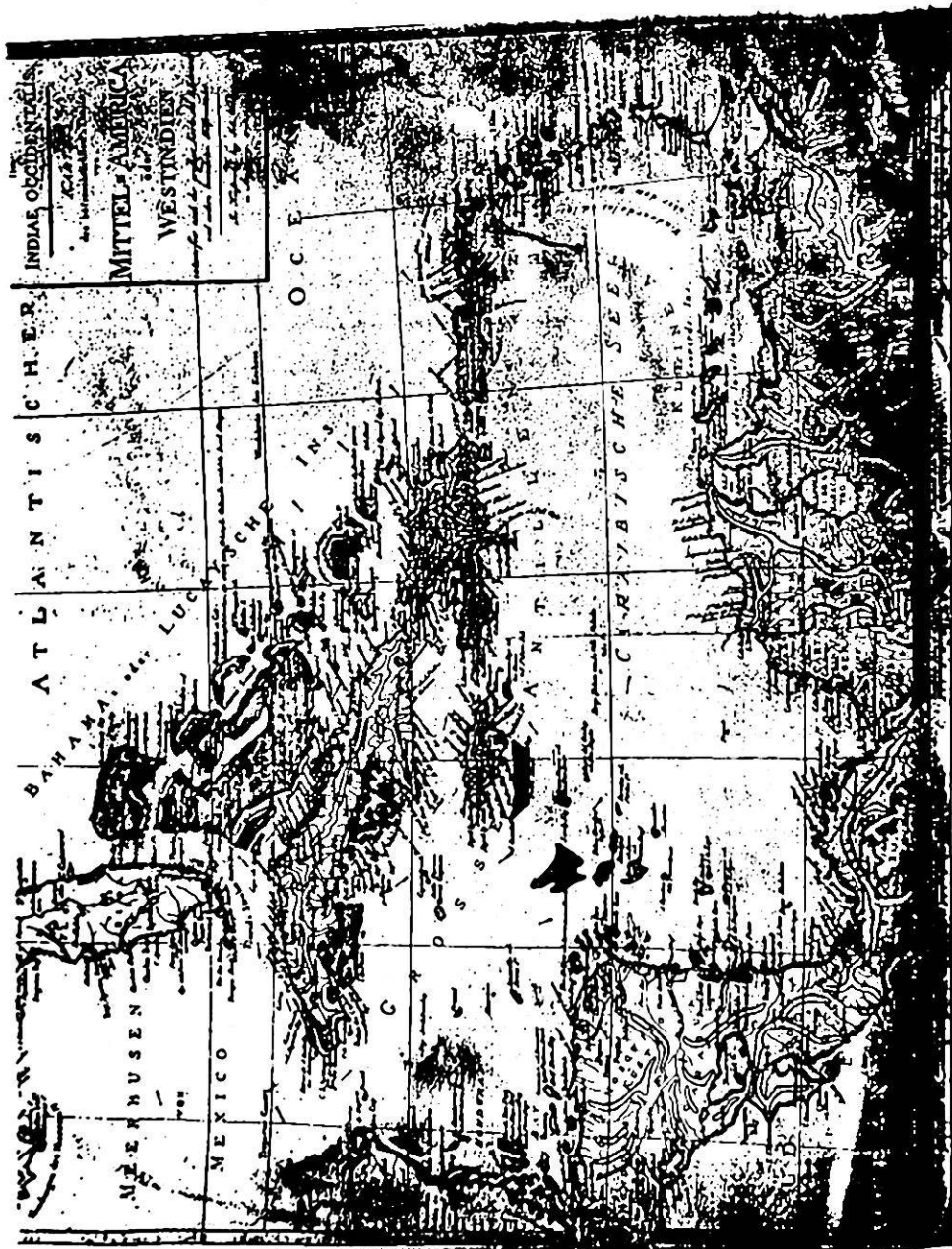








Tomado de: González Oropeza. *Atlas de la Historia Cartográfica de Venezuela*. Lámina L, p. 204.



Tomado de: González Oropeza. *Atlas de la Historia Cartográfica de Venezuela*. Lámina LXXXI, p. 258.